# ANTONIO MACHADO EL BUENO

Por *José BERGAMIN*

*"Era luminoso y profundo como era hombre de buena fe. Fuera pastor de mil leones y de corderos a la vez.*
*Conduciría tempestades o traería un panal de miel".*

*Rubén Darío.*

DECÍA Goethe que lo que vale de nuestra vida es el sentido o significado que pudimos darle. La vida de un poeta no puede valorarse, como la de un coplero, por el ingenio o acierto exclusivo de sus versos. Aquel "mester de juglaría" era oficio público de menestral o histrión. Sus ejecutantes no eran poetas. Todo lo más, fueron comediantes, farsantes. Berceo o el Arcipreste Juan Ruiz no eran juglares, aunque así pudieran llamarse a sí mismos humildemente; eran poetas. Y la poesía del poeta es inseparable de su vida, dándole a esa vida su sentido, su significación. El "gran español" Antonio Machado no era un juglar, no era un coplero, era un poeta y un gran poeta. El sentido y significado de su vida, es inseparable de su poesía. Esta, su poesía —en prosa y verso—, es obra de dicción y pensamiento. Su pensar y decir poético lo es, esencialmente y profundamente, español. Y por serlo así, tan particularmente español, alcanza universalidad verdadera. Como el de don Miguel de Unamuno, gran español, gran poeta, pensador vivísimo, como Antonio Machado, *de* España, y no solamente *en* España.

La vida pública española —la política en sentido ético y social— obligó a estos dos españoles, en circunstancias que conocimos y recordamos, a tener que salir de España, a ser desterrados de su patria. El destierro de Don Miguel duró unos años. El de Antonio Machado unos días; porque en él, y en parte debido a lo doloroso y amargo de su iniciación misma, le llegó la muerte. La amargura, el dolor que sentía el poeta al tener que dejar España no era sólo por aquel hecho material de abandonar su suelo, su tierra, su casa. Lo era, sobre todo, por tener que hacerlo forzado, sufriendo una derrota, sintiendo en sí mismo esa derrota como la de sus ideales más queridos; aquellos que dieron a su vida y poesía un sentido y significado español.

De esos ideales políticos españoles suyos, Antonio Machado escribió constantemente. En verso y en prosa. Su verso, algunas veces, por el mismo ímpetu de su pasión, se enturbia o se tuerce. Pero siempre palpita en él —como en los de Unamuno— esa pasión de vida, de su propia vida: que fue, que es, pasión de una vida española. Parece mentira que haya que repetir todavía (fuera de España, porque dentro no lo permite la censura) estas dos cosas—: que Unamuno y Antonio Machado no eran, no fueron nunca católicos; que sí eran, que sí fueron siempre, religiosamente, liberales y republicanos. Esta simple, sencilla verdad viva, se quiere olvidar o menospreciar por ciertos españoles de un lado o de otro; de esta o aquella secta o bandería. Lo político, liberal y republicano, en estos dos grandes españoles, era casi una religión; respondía a un sentimiento que suele llamarse religioso, espiritual; y que es moral y estético y poético. Croce, el gran italiano, procedente del siglo XIX como ellos, escribió aquello de "la religión de la libertad".

Lo que sí fueron Unamuno y Antonio Machado, por su mismo sentimiento liberal —como Galdós— eran cristianos; profunda, verdaderamente cristianos. Y esto es motivo de frecuente equívoco entre españoles que no quieren entender cómo se puede ser cristiano sin ser católico (sin pertenecer expresamente a la Iglesia a que pertenecemos los católicos). Sucede que el *costumbrismo* formalista y picaresco, a veces farisaico, del catolicismo social en España —ahora más que antes y que nunca— supone, más o menos conscientemente, que se puede ser católico sin ser cristiano. A ese catolicismo formalista, costumbrista, pícaro, a veces farisaico —"ateísmo práctico" le

llamó Menéndez Pelayo— se opusieron en vida, de hecho y de palabra, muy frecuentemente, estos dos grandes españoles: Unamuno y Antonio Machado. Su obra escrita está ahí (no ahora *aquí* en España) para informarnos de ello.

El cristianismo apasionado de Unamuno le llevó a pensar y escribir páginas admirables, donde, evidentemente, no sólo toca y roza, sino cae de lleno en la herejía. El cristianismo, diría estético o poético de Antonio Machado (más bien escéptico y "renaniano" —transido de interpretación pagana de los Evangelios—), le hizo pensar y escribir páginas que en nada pueden vislumbrarse siquiera ortodoxas. Esas páginas, digo que no están aquí, en España, ahora. Algunas, muchas, de Unamuno, sí: en ediciones caras, de pocos lectores. Las de Antonio Machado, no. Porque están proscritas, como lo empezó a estar él mismo. Como lo hubiera seguido estando muchos años más si no hubiese muerto a los primeros pasos de su éxodo. Esto es lo que parece que se quiere desconocer o borrar (tantas admirables páginas suyas en prosa y en verso) cuando se pretende, nada menos, que quitarle con ellas el sentido y significado ejemplar, ejemplarmente español, de su propia vida. En una palabra —muy sencilla, muy clara— su amor y vocación humana al ideal político liberal y republicano: su adhesión entusiasta a él, hasta la caída de aquella República, a la que amó y sirvió con fe, con lealtad, hasta su derrota; hasta sentirse y pensarse derrotado con ella; hasta dar sus primeros pasos vencidos en su destierro.

De aquel otro político destierro suyo arranca, en Unamuno, su "Cancionero espiritual", que es su *Diario poético*. A partir de los años de la República de 1931 son las páginas en las que, por la máscara aleccionadora de su *Juan de Mairena*, nos da Antonio Machado el *Diario* de su vida y pensamiento. De aquellas horas españolas son estas prosas, transparentes de vida y de verdad: de aquella *hora de España* (que para expresárnoslo todavía mejor se subrayan con este nombre en la última publicación republicana en la que aparecían). Aquella *hora de España*, como "cristal del tiempo" —que dijo Calderón— se nos transparenta en la forma viva que apresó en su verso, en su prosa, Antonio Machado. Por esto, gran poeta y gran español; no por juglar, no por coplero, no por no hacer más, nada más, que versos, "simples y buenos versos": que hasta eso es atri-

bución mentirosa; pues no siempre tan simples ni tan buenos; pero sí, siempre, apasionados de vida y de verdad.

"*En la forma de las horas — que son cristales del tiempo*", dijo Calderón. Aquella *hora de España* encontró su forma más pura, más clara y cristalina, transparentándonos su tiempo vivo, en la prosa, en el verso de Antonio Machado. Evoquemos al azar de su lectura, palabras como éstas: "*¡Aquellas horas, Dios mío, tejidas todas ellas con el más puro lino de la esperanza, cuando unos pocos viejos republicanos izamos la bandera tricolor en el Ayuntamiento de Segovia!... ¡Recordemos, acerquemos otra vez aquellas horas a nuestro Corazón...!*" Esto escribe el poeta en 1937 en Valencia, todavía republicana, y bajo el epígrafe: "lo que hubiera dicho Mairena el 14 de abril de 1937". Y también escribía al empezar: "De modo que, para entendernos, diremos que hoy evocamos la fiesta en que fue proclamada la segunda gloriosa República Española. Y que la evocamos en las horas trágicas y heroicas de una tercera República, no menos gloriosa, que tiene también su fecha conmemorativa —16 de febrero— y cuyo porvenir nos inquieta y nos apasiona". Profético decir y pensar español el de Antonio Machado; pues ahora, en esta otra hora de España que vivimos, sigue siendo para nosotros el porvenir de esa tercera República —nacida o sembrada entonces con tanta sangre— lo que "nos inquieta y nos apasiona".

Inquietante y apasionante fue entonces —en "aquella hora de España"— para el poeta, un presente circunstancial que, con su dolor mismo no rompía, sino afianzaba, el tejido de lino puro de su esperanza. Al manantial sereno de su poesía llegaba aquel inmenso dolor —como el de la conciencia española de Unamuno— precipitándolo más aún por ese cauce oscuro y ceñido a su más querida esperanza. Su poesía, siempre circunstancial —en el sentido que le dio Goethe a esa circunstancia generadora de la poesía—, se levantaba a esas alturas circunstanciales de aquellas horas, trágicas, heroicas —nos dice— manifestándosenos, mejor que nunca, con aquel sentido vivísimo de su bondad, aquel buen sentido que, como delicada ironía, él había confesado en su famoso verso:

"*Soy, en el buen sentido de la palabra, bueno*".

"Soy, en el buen sentido de la palabra, bueno", nos dijo el poeta de sí mismo. Y este verso cierra una cuarteta que comienza

con este otro: "*Hay en mis venas gotas de sangre jacobina*". Y entre los dos, nos dice también que su verso "*brota de manantial sereno*": por lo que "*más que un hombre al uso que sabe su doctrina*", es, "*en el buen sentido de la palabra, bueno*". No era un doctrinario, un sectario, un profesional de la aventura política, desde luego. Pero no forzaremos nada la interpretación clarísima de sus palabras afirmando que la bondad de que nos hablan es una bondad que no niega su sangre roja: esas gotas de sangre jacobina en sus venas. Toda su conducta, expresamente manifiesta en su vida, confirma el sentido político, el significado de esa bondad. Todos sus escritos —en prosa y verso— antes y durante la contienda española, afirman su compromiso político de español; su idealismo republicano, que él llama, para no eludirlo, *jacobino;* con la misma valentía de pensamiento y de dicción como de conducta que los respalda. Su tristísimo éxodo hacia la frontera francesa en 1939 —como el de tantos, tantísimos españoles, miles de españoles en aquel espantoso trance—, no sólo confirma el buen sentido de su bondad, sino que la supera y verifica, inmortalizándola, como en *Don Quijote*, con su muerte. El significado entero de su vida quedó así definitivamente claro, verdadero, ineludible. Y es ese su ejemplo.

¿Qué nos dice este ejemplo? Porque a nosotros lo que nos parece que dice muy claro es la verdad, la autenticidad de una vida y una poesía recíprocamente independiente. En los versos que ahora evocamos, como en tantos otros, se manifiesta. Su pasión política no enturbia el "manantial sereno" de su poesía. Pero tampoco su poesía, que "brota de manantial sereno", deja de correr y saltar y hasta precipitarse en torrentera, por un cauce de vida y pensamiento *circunstanciales*, que a veces parece que nos la reflejan teñida de sangre. A esto es a lo que llamaba él: "estar a la altura de las circunstancias". Y éstas, cuando fueron trágicas, heroicas, el poeta las recoge en su voz, en su palabra, sin quitarle a ésta aquel puro estremecimiento lírico que sigue afirmándola como algo "esencial" en el tiempo. De aquí que su vida, su conducta viva (política, moral) y su poesía, se correspondan siempre sin confundirse nunca. ¡Estupendo ejemplo! Antonio Machado, el bueno —el jacobino, el poeta—, no traicionó ni tergiversó nunca su poesía con su conducta, ni ésta con aquélla.

La doble ejemplaridad que nos ofrece la vida y la obra de An-

tonio Machado, por serlo tan sencilla y veraz, nos transparenta (como el manantial del que brota su poesía) esa esperanzadora lección apasionada de su conducta. En Antonio Machado no se tuvieron nunca que separar el *jacobino* y el poeta. Pensamos que a este *jacobinismo*, político, moral, religioso, se pudo unir, en él, una sensibilidad romántica efectivamente *rousseauniana*. Como la del mejor romanticismo, a esta línea, a esa estirpe romántica española (Espronceda, Bécquer, Ferrán) pertenece la poesía de Antonio Machado; como la de Unamuno y Juan Ramón Jiménez; como la de Federico García Lorca y Rafael Alberti.

El signo lírico que señaló Salinas a ese movimiento poético, que abre el siglo XX español, pertenece, con acento epigonal, todavía al romanticismo. Rubén Darío lo supo, proclamando dolor con justo orgullo. Unamuno no desdeñó las formas líricas románticas para expresarse en verso; desdeñando hasta el alterarlas formalmente para apropiárselas; desdeñoso de eludir siquiera sus resonancias. Antonio Machado fue más cuidadoso de darle forma a su tradicional sentido español con un cauce íntimo, personal, más originalmente nuevo. Como Juan Ramón Jiménez en su "modernismo" —que siempre defendió— y al que, en definitiva, debe el más claro sentido de su obra. Como García Lorca y Alberti, en las vivas corrientes tradicionales de su poesía. En la voz de Antonio Machado percibimos otro temblor de vida y de verdad, tan original suyo, que le distingue, y le separa a su vez de los demás, situándole aparte. Como a los otros poetas que señalo les ocurre entre sí y en relación con la poesía de Antonio Machado. Sin que esto signifique que los separe el sentimiento de una realidad española, que compartieron, hasta la muerte o el destierro. Realidad política, social, religiosa, de *aquella hora de España;* de *aquellas horas.*

"¡Aquellas horas, Dios mío, tejidas todas ellas con el más puro lino de la esperanza!" —exclamaba el poeta en las de 1937, recordando las del advenimiento de la República en 1931. Su pasión política —profunda, veraz, viva— le hacía exclamar esto, evocando, al hacerlo, la misma imagen poética del lino puro que en su juventud había aplicado al sueño, a los sueños. Parecería que esta coincidencia lejana de su sentimiento más íntimo, fundiera, en una sola emoción viva, sueños y esperanzas. El lino puro de los sueños y el de la esperanza tejían sus horas —"todas ellas"— con una misma trama

soñadora y esperanzadora; circunstancialmente española siempre. Una pasión poética y una pasión política, entrelazadas, dieron a su voz ese acento propio, tan puro, tan hondo, tan humano, que —como también a Unamuno— lo arraiga en palabras verdaderas; en palabras cuyo temblor lírico y hermosura imaginativa se alcanza por ese soplo espiritual que las impulsa y las trasciende. Porque son palabras —como diría Fray Luis— "que salen del corazón". Teñidas, en Antonio Machado, por su sangre roja, sus "gotas de sangre jacobina" precisamente.

"¡El lino puro de la esperanza!" — "¡El lino de los sueños!" El hilo y la trama de su poesía nos lo teje con "palabra esencial en el tiempo". Y por el tiempo. Por un tiempo que, conforme pasa, va dando a esa palabra suya —a su poesía— una resonancia más honda, más pura, más esperanzadora. Oigámoslo en su verso —aprendiéndolo en él— el sentido y significado de esos sueños suyos; de esa esperanza, que nos lo enseña, y ejemplarmente, en su obra y en su vida.

"*Sabe esperar*" —nos dice el poeta—: aprende a esperar. Como espera un barco en la costa hasta que llegue a él el empuje de la marea. "*Sin que el partir le inquiete*". Porque el que espera aprende, esperando y desesperando o sin desesperar, *que la victoria es suya:* aprende a saber de su propio vencimiento que en eso consiste su victoria. Venciéndose a sí mismo; convenciéndose a sí mismo con los demás. El saber esto da al verso andaluz del poeta arraigado sabor senequista. Este vencimiento victorioso, este convencimiento humano, nos dice, por esa voz tan sabia y sabrosa del poeta andaluz, sevillano, con elegancia de lance torero, que todo el que espera, el que aguarda, "*sabe que la victoria es suya*": "*porque la vida es larga y el arte es un juguete*". La vida es larga, el arte corto. Al revés nos lo dice su verso para que lo entendamos mejor. Pues en seguida añade: que "*si la vida es corta, y no llega la mar a tu galera*" —a ese barco que espera, serenamente, el empuje de la ola, el despertar del viento, *aguarda sin partir y siempre espera*". Hagamos como él, esperar, seguir esperando sin partir, esperar siempre: "*porque el arte es largo y, además, no importa*". Sabio, vivo, verdadero, el decir poético de Antonio Machado al proponernos este aprendizaje de la esperanza; por real y soñadora. Al tejer, con ese hilo rojo de su sangre,

la trama del lino purísimo de sus horas —que son las horas nuestras, españolas, circunstanciales. Porque lo que importa para Antonio Machado —lo que importa siempre y para siempre, y por eso se sueña y se espera—, es la verdad, la libertad, la poesía.